

NOTAS

UNA RECTIFICACION

Correspondiendo a su vocación de arqueólogo, mi docto ex-catedrático D. Julio C. Tello, con el inusitado pero arbitrario entusiasmo que anima una añoranza, ha restaurado y remozado poco ha, trasnochados y acriminatorios juicios hispanófobos sobre el carácter de la Conquista del Perú, que yacían definitivamente sepultados desde hace varios lustros por la abrumadora cantidad de fehacientes testimonios que demuestran palpablemente sus exactas y verdaderas características, exageradas y abultadas en lo adverso y obscurecidas o negadas en lo favorable por la ideología liberal de la pasada centuria. Las referidas opiniones, que por su escandalosa injusticia, en la actualidad solo constituyen una irritante obstinación a reconocer los resultados de las modernas investigaciones, corren estampadas en la revista Letras (1), a continuación de un excelente artículo de síntesis sobre la civilización de los Incas. No puedo ocultar la decepción que la lectura de esas páginas me causó, pues por lo general su autor suele escribir con moderada decencia y, creo de urgente necesidad restablecer el sano criterio histórico, tergiversado y enrevesado entre el cúmulo de escarnios y denuestos que prodiga para la Conquista española, harto más humana que la exterminadora anglo-sajona en Norte América o la portuguesa en el Brasil.

Con gran pasmo y estupefacción, advertimos ahora que quien era uno de los más afanados en vocear sistemáticamente la superioridad de las culturas preincaicas sobre la del Tahuantisuyo, resulta a la postre y coincidiendo con el vituperado Garcilaso, ensalzando y aplaudiendo con evidente exageración romántica, a ésta última, alegando para ello especiosas razones, discerniendo a sus gobernantes supuestas dotes de patronal bondad y de ingenua candidez, tan propias de la leyenda, forjada en torno del Tahuau-

(1).— Letras, órgano de la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de la Universidad Mayor de San Marcos.— Primer cuatrimestre de 1937; págs. 5-37.

tisuyo. Incurre en tal contradicción nuestro eminente arqueólogo, con el propósito de deslumbrar y hacer creer con aparentes peso y fundamento, en las inexistentes excelencias de un semiculto imperio que recién comenzaba a salir de la edad del bronce, en donde aún se estilaban los sacrificios humanos (apuntados no sólo por los más reputados cronistas, como Cieza, Polo, etc., pero aún por el tan festejado Huamán Poma de Ayala), cuyo desarrollo intelectual era incipiente, que ignoraba la escritura o por lo menos los geroglíficos, donde en lo material y en lo artístico (según lo reconoce el propio Dr. Tello) habíase experimentado una regresión, en donde el trabajo era obligatorio y compulsivo (debido a la tradicional dejadez y conocida holgazanería de los aborígenes) y que en lo político y militar, no solo había perdido el vigor y empuje combativos de los primeros gobernantes (recuérdense las derrotas experimentadas por Huayna Cápac en el norte), sino que por su desmesurada e incoherente extensión, comenzaba a desmoronarse y fraccionarse (como el Imperio Romano después del siglo III) atizada esta desintegración por la inmoralidad pública de las clases elevadas, encenagadas en los más torpes vicios (1).

Resulta por lo demás, singularmente paradójal, que se pretenda rebajar el indiscutible y altísimo mérito de la Conquista hispánica, alegando para ello que el único propósito que impulsaba a los conquistadores era la apropiación del oro y demás riquezas y la injusticia de semejante expansión armada, supuesto que eran los Incas los legítimos dueños del territorio que hoy constituye nuestro país. Tan extrañas teorías constituyen un arma que se vuelve precisamente contra aquellos que más se sofocan en esgrimirla y no se libra el Dr. Tello de tan grave percance. No está probado que fuera los Incas los legítimos dueños de estas comarcas en virtud de título jurídico valedero (2), sino antes bien, las habían conquistado en forma harto más bárbara y sanguinaria que los españoles al Tahuantisuyo. Y que si de incentivos se trata, muy malparado y peor presentado queda el Imperio de los Incas, resultando enfadoso y redundante proclamar la falsedad de tales aseveraciones, propias de la desprestigiada y plañidera "leyenda negra", buena para ser creída cuando imperaban las despreciables diatribas inventadas en momentos de ofuscación anti-hispánica, mas no hoy, cuando está a la mano de quien sepa y quiera ver y cotejar, el cerciorarse de la inexactitud de aquellas vilísimas calumnias. ¿Cuáles fueron los móviles que animaban a los Incas a apoderarse de los territorios aldeaños? Por cierto que muy inferiores a los españoles: eran el desmedido afán de mando, el desor-

(1).— V. el sagaz ensayo del Dr. Raúl Porras Barrenechea en *Revista de la Universidad Católica*, 1935, T. III, pp. 142-148.

(2).— Así lo ha demostrado D. Roberto Levillier en *Don Francisco de Toledo*, Madrid. 1935. Tomo I, pp. 141-193.

bitado deseo de engalanar al Cuzco y el sangriento espíritu de guerrear (entre otros). Para no afectar espíritus asustadizos, mejor será callar la forma de aquellas conquistas incaicas, realizadas a costa de cruellísimos actos de salvajismo y de verdaderas hecatombes (v. gr. Tumibamba), al lado de los cuales son insignificantes atropellos, las batallas de los españoles, que en último análisis son los inconvenientes que acarrea toda invasión guerrera.

Si de los referidos móviles de las conquistas incaicas (los propios de la vida vegetativa) pasamos a los de la expansión española, sería irrisorio y aún irreverente querer establecer un parangón. Nos trajo España la fé católica, la fulgurante cultura del Renacimiento, nos integró dentro de la gran Monarquía que victoriosamente se dilataba por toda Europa y así logró hacer salir al indio de la infame ignorancia en que deliberadamente le tenía sumido el Inca, de las prácticas idolátricas, de su pauperrísima situación y del anonadamiento de la individualidad, para redimirle, instruirle e incorporarle (con las prerrogativas que corresponden a todo ser humano en su calidad de tal) dentro de nuestra fé y de la genial legislación peninsular.

Ni es esta la ocasión ni el espacio lo permite, sutilizar y extenderse aún más en indicar la superioridad de la dominación española sobre la tiránica de los Incas. Sólo levantaremos una última aseveración, que envuelve una notoria alteración de los exactos acaecimientos históricos y que la obnubilación de criterio y afán destructivo del Dr. Tello hace dimanar de una ceremonia ritual. No es lícito decir que "nada puede simbolizar mejor el carácter de la civilización del conquistador como el puñal, ni nada puede simbolizar mejor el carácter de la civilización del indio como la piedra". Esta frase que llama la atención por su dogmatismo y absurdo planteamiento, parecía hasta ahora que sólo podía ser estampada por libelistas interesados, retóricos indigenistas pero utilizando la misma figura que emplea el Dr. Tello, hagamos con Scalifero, trocando en interrogativa la frase y preguntemos: ¿qué hizo ese sangriento ser que manejaba el puñal? Redimir al indio del durísimo y explotador gobierno de los Incas, mitigó el tributo en forma apreciable (v. Cieza, Señorío de los Incas, cap. XVIII), desterró sus prácticas viciosas, cultivó por intermedio de abnegados misioneros con paciencia extraordinaria su rudísima mentalidad y si alguna exacción cometió, no hemos de achacársela por entero a él, sino a esos diabólicos curacas que se apoderaron ilegítimamente del señorío a la desaparición de los Incas, que oprimían al indígena vasallo suyo cien veces más duramente que el encomendero, que ocultaban los indios tributarios (detalle que produjo una aparente disminución de la población indígena, cuyo exagerado número conviene moderar después de los estudios de Rivet, Spinden y Kroeber), para aprovechar de ellos en calidad de esclavos y sin proporcionarles ni la doctrina ni el gobierno que les suministraban los españoles.

Guillermo Lohmann Villena